

de Navarra, el señor de Santa Coloma, capitán de la guardia del rey, y Marich de Poloant maestre-hostal de la princesa. Al ir á entrar en el puente, salióles al encuentro la comisión de la ciudad, en que iban el alcalde, los jurados y regidores, y el canónigo de la Iglesia Colegial de Santa María, D. Pedro Fusero; y llevando la voz el alcalde, propuso al rey en nombre de la ciudad, con mucha humildad y cortesía, que tuviese á bien jurar sus fueros. Accedió gustoso el monarca, juró en manos del canónigo sobre la señal de la cruz y los Santos Evangelios, *por su Excellencia manualmente tocados é reverencialmente adorados*; y hecho esto, el alcalde, los jurados y los regidores, besadas las reales manos, suplicaron á Su Majestad que mandase á su secretario y notario Martín de Alegría, allí presente, levantar acta de todo y hacer instrumento público: *lo qual mandó hacer é cumplir su Alteza*. Formalizado así el acto, entró la cabalgata real en el puente, y con ella, acompañándola reverentes, los representantes del cabildo eclesiástico y secular.

Los que tan severamente pactaban con sus reyes las condiciones de su obediencia, eran en cambio sus más leales y constantes sostenedores. Para someterse Tudela al cambio dinástico y social que experimentó el reino pirenaico con la amañada conquista de Fernando el Católico, necesitó ver antes sometida toda Navarra: había jurado ser fiel á sus reyes D. Juan de Labrit y D.^a Catalina, y lo cumplió hasta donde le alcanzaron las fuerzas. Lumbier y el valle de Roncal, que daban ejemplo de constancia de todos admirado, habían doblado la cerviz: solo ella se mantenía inflexible: la reina Catalina y la real familia habían pasado los Pirineos y fijábase en Orthez, á donde fué á reunirse con ellos el rey D. Juan después que Lumbier capituló. Entre tanto Tudela pedía en vano no más que 3,000 hombres para poder prolongar su resistencia. Han transcurrido más de tres siglos y medio desde que vió puesta su lealtad á tan dura prueba, y aun se angustia el corazón al recordar la tortura por que pasó en aquel crítico lance. Oigámosle á ella misma pintar su situación deses-

perada (1): «Somos llegados á tal estado, que no se puede decir sin grande lástima: toda esta merindad está dada al rey Fernando: el arzobispo de Zaragoza está aposentado en Cascante, que es á vista de esta ciudad, y los caballeros, con toda la gente de armas de Aragon, nos tienen como en cerco: ya todos nuestros ganados son tomados, y todas las haciendas, que los vecinos de esta ciudad tenían en Aragón, han sido confiscados, y nosotros declarados por cismáticos (2) y condenados por esclavos: ya nos corren los términos y llevan todo lo que haber pueden, que no resta sino la conclusión de la cruel guerra que deliberan hacernos á sangre y fuego. Vistos por nosotros todos estos males, y la negligencia que allí se pone en nuestro remedio, hemos trabajado por medio de algunos vecinos nuestros para ganar algunos días de vida; pero hasta ahora no hemos podido alcanzar del arzobispo sino solos cinco días, para que, pasados aquellos, nos hayamos de dar: hoy le habemos enviado cuatro ciudadanos de los más prácticos por ver si podemos alcanzar diez días; vueltos que sean los cuales, daremos aviso de la resulta á vuestra Alteza para su inteligencia. Demándannos rehenes tales por su seguridad, que á nosotros nos parece muy grave haberlos de dar. Con todo, si vuestra Alteza, durante los días que alcanzaremos, nos invia siquiera el socorro de tres mil hombres, nos ofrecemos á resistir suficiente tiempo hasta que las providencias del gobierno no puedan obrar según convenga... «Suplicamos á vuestra Alteza, con la mayor humildad, nos invíe, cuando menos, el socorro que llevamos dicho, para que con él vuestra Alteza

(1) Carta de la ciudad de Tudela á la reina, del 31 de Agosto de 1512. Toda la interesante correspondencia que sostuvo la ciudad con sus legítimos reyes, con el rey Católico y con el arzobispo de Zaragoza en este año 1512, existe original en el Archivo de Tudela, y anda impresa en el *Diccionario histórico-político* de la misma que publicó Yanguas en 1828; y gran parte de ella al fin del art. TUDELA de su *Diccionario de Antigüedades*, etc.

(2) De esta treta de que se valió el rey Católico para mover los ánimos de los religiosos tudelanos á desertar la causa de D. Juan y D.^a Catalina, hicimos ya mención. V. la *Introducción*, p. XCVI y XCVII.

»quede servida y nosotros en libertad; y si de ello no puede
 »prontamente deliberar, nos invíe claramente á decir lo que de-
 »beremos hacer.»

Ya se sabe cuál fué el resultado de tan instante súplica: la reina contestó en 28 de Agosto diciendo que no podía por entonces socorrer á la ciudad, pero que procurase resistirse; de nuevo escribe la fiel Tudela á ambos reyes el día 3 de Setiembre, estampando en su carta estas frases, que debieron de ser un terrible torcedor para ellos: «el último día del mes de agosto del presente año de 1512, inuíamos á vuestras Altezas un correo haciéndoles saber la agonía y peligro tan grande en que estamos, y los días y término que tenemos y que sobre ello enviábamos al arzobispo cuatro ciudadanos, los cuales por intercesión de D. Francisco de Lima y de muchos caballeros nuestros amigos, que están con el mismo arzobispo, alcanzaron quince días, dentro de los cuales, si vuestras Altezas nos socorrieren poderosamente, quedarán servidas como lo desean, igualmente que nosotros. Para su seguridad nos demanda veinte hombres de esta ciudad, y que los inuíamos luego en rehenes, entregando á más de esto las torres del portal de Calahorra. No podemos sin grandísima lástima y dolor, que á nuestros corazones aflige, escribirles ésta; pues vemos que todo este vuestro reino ha jurado al rey Fernando por su rey; todos los caballeros, los alcaldes de corte, jueces del Consejo, y todos en general quedan ya por él, y que quedamos nosotros sin esperanza ni remedio, sino sola la fe que con vuestras Excellencias tenemos. Si dentro de los quince días no nos viene el socorro, llegaremos al extremo de no poder menos de entregar esta vuestra ciudad al rey Fernando; pues otra cosa no podremos hacer. Así, muy excelentes Señores, humildemente les suplicamos nos envíen con el portador el socorro que nos libre del descargo que á nosotros cumple, y quieran vuestras Altezas hallar más poblada esta su ciudad de nuestros hijos, que no de extranjeros.» No recibió la ciudad contestación

á esta última y apremiante carta, y desengañada de las vanas esperanzas con que se había entretenido, se entregó el día 9 de Setiembre con la condición de que se le guardasen sus privilegios. Los mensajeros de Tudela pasaron á Logroño, y allí presentaron obediencia al rey Fernando en 15 del propio mes, y el rey por su parte confirmó á la ciudad sus privilegios.

En 4 de Octubre el mismo rey Fernando pasó en persona á Tudela, y allí se repitió con él la solemne escena que hemos visto representada en la toma de posesión del rey D. Francisco Febo: con la particularidad de que ahora, no solamente jura el rey los fueros especiales de Tudela antes de penetrar en la ciudad, sino que además reitera su juramento en la iglesia. Llegó D. Fernando con su comitiva á la puerta llamada de Zaragoza, y antes de entrar por ella, hallándose á caballo en una mula, y presentes el notario Pedro Copín, que da fe del acto y lo eleva á instrumento público, D. Pedro de Ayerbe y D. Johan Sanz de Dicastillo, clérigos beneficiados de la iglesia de Santa María, don Miguel Sanz de Berrozpe, chantre y canónigo de la misma, don Pedro de Marañón, caballero de su Majestad, y otras más de cuatrocientas personas, el referido D. Miguel Sanz de Berrozpe leyó y *verveó* el juramento que había de prestar el rey de guardar los fueros de la ciudad de Tudela y de su morería. Prestado el juramento, hicieron su solemne entrada en la población el rey y su cortejo, rodeados de la muchedumbre oficial y oficiosa que concurrió al acto: llegaron á la Colegiata, y allí, estando su Alteza de rodillas en las gradas del altar mayor, en presencia del notario, del arzobispo de Santiago D. Alonso de Fonseca, de los obispos D. Diego de Rivera, de Segovia, y D. Johan de Fonseca, de Palencia; del duque D. Fernando, de D. Íñigo de Velasco Condestable de Castilla, y de otros muchos obispos y grandes convocados para dicho juramento, y fuera de la capilla más de quinientas personas, mandando su Católica Majestad que de este acto fuesen todos testigos, el mencionado chantre y canónigo leyó y *verveó* por segunda vez la fórmula del juramento

que había de pronunciar el rey: juró éste, y terminó la ceremonia.

No decayó con el correr de los tiempos y el sucederse de las generaciones, la fe y constancia de los tudelanos: tres siglos después de aquellos sucesos, en 1808, cuando una invasión inicua de ejércitos franceses puso á prueba el patriotismo, no ya de los navarros, sino de todos los españoles, los habitantes de Tudela no desmerecieron de sus mayores. Aunque oprimidos por la muchedumbre de enemigos que cayó sobre la ciudad después que traidoramente se apoderó de Pamplona el general Darnagnac, no titubearon en defenderse aquellos pobladores: sucumbieron á la poderosa acometida del experimentado Lefebvre-Desnoettes, sin que les valiese el haber cortado su soberbio puente y el haber confiado la defensa de las alturas que dominan la ciudad por el poniente á la gente allegadiza del marqués de Lazán. Su ardoroso tesón no flaqueó ni aun viendo al bien organizado ejército francés agolpado á sus puertas: á las proposiciones de capitulación, contestaban ellos con disparos, y de tal suerte provocó su irreflexivo pero heroico patriotismo el furor de los invasores, que al tomar estos la ciudad fieramente, la saquearon *sin que su general pudiera impedirlo*. Esta es la versión que del saqueo de Tudela dan los historiadores franceses (1): los nuestros son menos generosos con el general Lefebvre: «en 1808 (dice D. Vicente de La Fuente en la obra arriba citada), al llegar el ejército francés á Tudela, los de la población cortaron el puente. Tuvieron que retroceder aquellos para pasar el Ebro por el de Lodosa (2). Irritado con esto el general

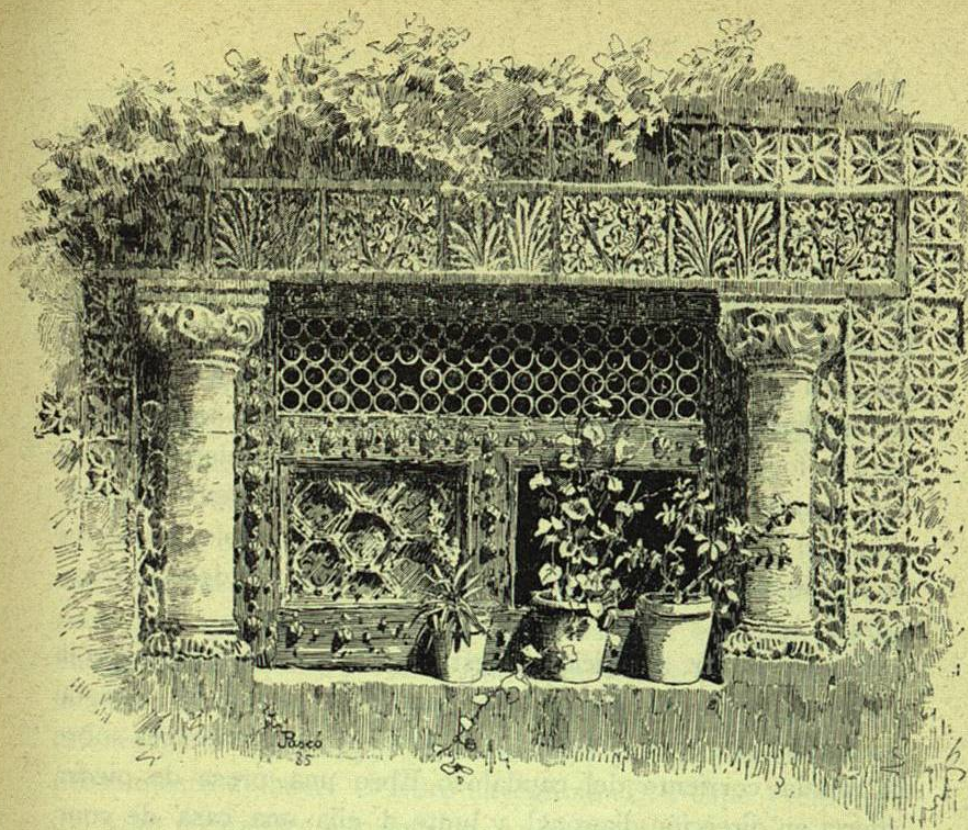
(1) THIERS, *Hist. du Consulat et de l'Empire*, liv. XXXI, edición de Paulin de 1849, p. 56 y 57.

(2) Thiers asevera que la columna del general francés Lefebvre-Desnoettes que bajaba de Pamplona, no llegó por la orilla izquierda del Ebro hasta Tudela, sino que sabedora de la cortadura del puente, se detuvo en Valtierra, cruzó allí el río en barcas, y marchó sobre Tudela por la orilla derecha. Esto nos parece más verosímil que la suposición de nuestro docto amigo el señor La Fuente, el cual hace retroceder hasta Lodosa, esto es, 60 kilómetros más arriba de Tudela, al ejército de Lefebvre: cosa de todo punto improbable.

francés, mandó pasar á degüello á toda la población. El señor Casaviella (obispo de Tudela á la sazón) salió al encuentro del general francés, suplicó por su pueblo, y ofreció su cabeza por él. Llegó hasta el punto de ponerse de rodillas ante el general, que ni aun se había apeado del caballo. Enternecido éste á vista de aquel anciano, en actitud tan humilde, le alargó la mano para que se levantase, alabó su celo, y á pesar del furor de que venía poseído, accedió á sus ruegos, revocó el cruel mandato, que ya se había principiado á ejecutar con los infelices que habían cogido fuera de la población, y conmutó el degüello general en dos horas de saqueo, prohibiendo que se tocase á cosa alguna de las iglesias, conventos y casas de beneficencia.—No debe confundirse este triste suceso con otro, más triste aún, ocurrido cinco meses después, y que lleva en la historia de la guerra de nuestra Independencia el nombre de *batalla de Tudela*. Fué la acción principal en la gran llanura que se extiende entre esta ciudad y Tarazona, y en ella pelearon las fuerzas de Lannes y Moncey con las de Castaños y Palafox. Hasta las 3 de la tarde del funesto 23 de Noviembre, la victoria pareció sonreír á nuestras armas por el grande esfuerzo con que lucharon los aragoneses de la quinta división y las guardias españolas del general O'Neil; pero combinándose desde esa hora en adelante las pujantes embestidas de Morlot, que obligó á la referida quinta división á abandonar la altura é inmediaciones de Santa Bárbara, de Maurice Mathieu y de Lefebvre, que hicieron flaquear nuestro centro penetrando por él denodadamente la caballería del último, el desorden y el desconcierto se introdujeron en nuestras filas, y Castaños que había ocupado la línea de Tarazona á Tudela extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro, sin poder acudir al refuerzo de Peña derrotado en Cascante, se vió envuelto en la general confusión y á duras penas pudo recogerse en Borja. Aquel desastre, que costó á nuestra nación la pérdida de los almacenes y de la artillería toda del centro y derecha del ejército, más 2,000 prisioneros.

neros y muchísimos muertos, no fué imputable á Tudela: sus habitantes fueron pasivos y tristes espectadores de la derrota, porque el humo de la pólvora ni siquiera penetró en sus muros.

Los vencidos en ella, por el habitual desacuerdo que reinó entre los generales españoles, fueron los aragoneses de O'Neil, los valencianos y murcianos de D. Pedro Roca y los andaluces de la división de Peña. ¿Podía Tudela racionalmente cerrar sus puertas y negarse á recibir, después de tan funesta derrota, al enemigo vencedor? Los franceses quedaron dueños de ella en medio del pavoroso silencio de sus habitantes, que les dejaron las calles y plazas desiertas.—Las tropas de Napoleón no abandonaron definitivamente á Tudela hasta el 28 de Junio de 1813, y desde entonces su historia no ha vuelto á ofrecer peripecias notables. Durante la guerra civil de los siete años fué fortificada la población, y también su puente, y una guarnición compuesta de parte del ejército y de la milicia nacional de la localidad sostuvo por Isabel II este punto militar tan importante, que fué de grande auxilio en determinadas circunstancias á las tropas que operaban en Navarra.



CAPÍTULO XXXII

El Bocal, Fontellas, Ribafloesa, Fustiñana, Buñuel, Cories, Ablitas, Cascante:
Fitero y su ex-monasterio, Cintruénigo y Corella

UNA alegre campiña matizada de olivares de existencia secular, es el suelo que recorre el ferrocarril desde la salida de Tudela hasta cerca de Fontellas, en cuyo término poseen dilatados terrenos los marqueses de este título. El Ebro, que se alejó de nosotros para trazar una gran curva hacia el Este, vuelve á salirnos al encuentro á menos de cien metros de distancia en el sitio llamado *el Bocal*, donde se verifica el naci-